

Leer y escribir en *Ficciones* y *El Aleph*: Dios, criatura y contexto

Rodrigo Muryán¹

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

rodrigomuryan@gmail.com

Resumen

Los vínculos entre la escritura divina y la escritura humana en la obra de Borges han merecido ríos de tinta. Frente a las propuestas según las cuales los seres humanos solo tienden a un libro absoluto, ya sea la Biblia, ya sea el Corán, al que apenas pueden aproximarse, esta exposición abordará cómo Dios accede al lenguaje fuera de contexto, mientras que el ser humano lo hace desde un lugar inevitablemente situado. La divinidad se diferencia de sus criaturas por el hecho de hallarse fuera del tiempo, lo cual conduce a una manipulación radicalmente distinta del lenguaje. Esto se verifica no sólo en la escritura sino también en la lectura: cuando el ser humano lee, lo hace atravesado por sus circunstancias -la alternativa es el fracaso.

Palabras clave: Borges; lectura; escritura; contexto; divinidad

La historia de la crítica borgeana consiste en la diversa entonación de unos cuantos problemas literarios. Con el objetivo de abordar la escritura y la lectura en cruce con las condiciones de posibilidad divinas y humanas, nuestra propuesta consistirá en desandar una serie de cuentos de Borges que permitan empezar a pensar una poética de la divinidad y otra de la humanidad en la obra del escritor argentino. ¿Cómo entran los sujetos en contacto con el lenguaje? ¿Cómo lo hace un dios? ¿Cómo se vinculan entre sí?

De larga data han sido los estudios sobre los libros sagrados y la escritura humana (Adur 2022; Alazraki 1988; Attala, 2016; Sosnowski 1976; Vélez 2011) en la obra de Borges. Lucas Adur propone la oposición entre ambos términos: el libro humano, que varía en cada lectura, se opone al divino, el arquetipo inalterable, “la Madre del Libro”, El Corán (2022: 401)

Por su parte, Daniel Attala plantea un acercamiento:

si juzgamos que el principio constructivo de la Biblia es el despliegue de una historia según cierto orden preestablecido [...] en el que cada detalle exige y,

¹Rodrigo Muryán es Licenciado en Letras y Profesor por la Universidad de Buenos Aires. Da clase en colegios secundarios (ILSE, Moruli) y en el Profesorado de Lengua y Literatura del IADES. Desde el 2019 forma parte del FILO: CyT “Escrituras de Dios: Borges y las religiones” a cargo del Dr. Lucas Adur. Formó parte de la organización y expuso trabajos en las Jornadas Borges 2020, 2021 y 2022.

por lo tanto, posee una razón de ser en el conjunto, [...] entonces diremos que Borges construyó su obra a imagen de ese “viejo libro mágico” (2016: 487).

El hecho de comparar sendas escrituras, ya sea desde sus diferencias, ya sea desde sus afinidades, implica relegar un factor que necesariamente las coloca en planos distintos: el contexto. Mientras que la divinidad puede tomar la palabra por fuera del tiempo –o bien, en los límites de la Historia–, el ser humano solo puede hacerlo sujeto a sus circunstancias. Solo desde este punto de partida es posible contrastar uno y otro uso del lenguaje en la obra de Borges. Atendemos aquí, en buena parte, a la operación postulada por Ricardo Piglia: “intentamos una historia imaginaria de los lectores y no una historia de la lectura. No nos preguntaremos tanto qué es leer, sino *quién* es el que lee (dónde está leyendo, para qué, en qué condiciones, cuál es su historia)” (2014: 22). Si Piglia comienza rastreando lectores, nosotros haremos lo propio con los escritores –divinos y humanos–, bajo la premisa de que es el tiempo –la diversa inscripción de cada escritor en el tiempo– lo que acaba por diferenciarlos radicalmente. Es este itinerario el que nos llevará a una segunda instancia en la que sí abordaremos a los lectores con el fin de dar cuenta de una segunda hipótesis: la escritura es una actividad propia de los dioses mientras que la lectura es, en definitiva, propia de los seres humanos.

¿Qué tipo de sentencia (me pregunté) construirá una mente absoluta?

En más de una ocasión, Dios escribe. O bien, cuanto menos, las escrituras son sagradas². Es preciso entonces rastrear cómo distintas divinidades entran en contacto con la palabra. Exploremos en primera instancia los avatares de Tzinacán. Su búsqueda radica menos en el contenido que en la forma de la inscripción, en un *tipo* de sentencia, “de manera que llegara a las más apartadas generaciones y que no la tocara el azar” (596-597). Descifrar la escritura del dios liberaría al sacerdote de su prisión; a ello dedica los días y las noches, elaborando las más diversas conjeturas sobre una sentencia creada en el principio y pensada para el fin de los tiempos: en los límites de la Historia se encuentra la escritura divina; entre esos extremos, la contingente lectura de Tzinacán.

Continuemos con otras escrituras que recorren la obra de Borges. En las discusiones islámicas de “La busca de Averroes” se presenta una sensible variación: “el original del Qurán –*la madre del Libro*– es anterior a la Creación y se guarda en el cielo”, o bien, “el idioma y los signos y la escritura son obra de los hombres, pero el Qurán es irrevocable y

² Seguimos aquí las formulaciones de Agamben: “sagradas o religiosas eran las cosas que pertenecían de algún modo a los dioses. Como tales, ellas eran sustraídas al libre uso y comercio de los hombres” (2005: 97).

eterno” (584). El libro sagrado no se materializa, permanece intacto, ajeno a la escritura, ajeno al lenguaje, que no es otra cosa que inscripción en el tiempo. Como atributo de Dios, el Qurán ya no existe en los límites de la Historia sino por fuera de ella, volviéndolo esencialmente inaccesible para los coyunturales seres humanos.

El Tetragrámaton que Lönnrot persigue también constituye un modo de acercarse a la divinidad, ya sea en calidad de “inefable Nombre”, ya sea como “nombre secreto” (500). En ambos sentidos, el acceso a la palabra divina queda por fuera del alcance humano. Mientras que el detective lee –desea leer– una serie de sacrificios a cargo de una secta judía en busca del Nombre Absoluto, la verdadera inscripción no es divina sino humana: Red Scharlach escribe para vengarse.

La Biblia, por su parte, es citada en más de una ocasión en los textos borgeanos, y en otras tantas es aludida. Un fondo de Verdad permanece en el texto sagrado: “suponer un error en la Escritura es intolerable” (515). Si la Biblia es infalible, su sentido trasciende lecturas humanas que, desde ya, pueden prestarse a equivocaciones. Ese es el planteo de Nils Runeberg en “Tres versiones de Judas” donde, además, se pone de manifiesto la especial relevancia de la figura de Jesús en tanto Dios encarnado: “el Verbo, cuando fue hecho carne, pasó de la ubicuidad al espacio, de la eternidad a la historia, de la dicha sin límites a la mutación y a la muerte” (515). Diríamos: de la palabra divina a la palabra humana. Hasta este punto, la divinidad trascendía al lenguaje, que inequívocamente correspondía a la Historia humana. El Verbo hecho carne constituye el contacto entre dos mundos cuya comunicación había sido siempre mediada.

Pobres voces humanas

Ahondemos, ahora, en la escritura del hombre. No en la escritura de Borges sino en la de aquellos autores que se encuentran en sus textos. Si bien está claro que el ser humano, a diferencia de la divinidad, escribe bajo determinadas circunstancias, situado en un determinado tiempo y espacio, es preciso notar las consecuencias que de ello se desprenden.

Imperfecta es la obra de Jaromir Hladík, quien implora un año para poder concluir su tragedia en la antesala de su muerte. Es efímera su escritura, como es efímero Hladík, que procura “afirmarse de algún modo en la sustancia fugitiva del tiempo” (509), infructuosamente. Semejante afirmación no es dada a las criaturas sino a las divinidades.

La coyuntura, el contexto es el *quid* de la cuestión en más de un relato borgeano que amalgama lectura y escritura. Examinemos, por ejemplo, la disputa entre Aureliano y Juan

de Panonia. En primera instancia, este es el teólogo encargado de refutar a los monótonos. Sus palabras gozan de tintes divinos: “el tratado era límpido, universal; no parecía redactado por una persona concreta, sino por cualquier hombre o, quizá, por todos los hombres” (552). Más tarde, la herejía de los histriones turba nuevamente a la ortodoxia cristiana. En esta ocasión, es Aureliano quien se encarga de rebatirlos valiéndose de las palabras que Juan de Panonia había utilizado previamente: “lo que ladran ahora los heresiarcas para confusión de la fe, lo dijo en este siglo un varón doctísimo, con más ligereza que culpa” (554). El cambio de contexto ha modificado no sus palabras, que se mantienen idénticas, sino la lectura de sus palabras, en permanente disputa.

La escritura del dios maya, la Biblia, el Nombre Absoluto o la Madre del Libro retienen para sí la cualidad de estar más allá del tiempo. Estas inscripciones se han afirmado en la sustancia fugitiva del tiempo porque sus autores lo trascienden. Las pobres voces humanas, en cambio, situadas en sus contextos, atadas a sus circunstancias, solo deben –solo pueden– limitarse a palabras fugaces.

Tras afirmar la diferencia radical propiciada por el contexto, proponemos a la escritura como una operación divina y a la lectura como una operación humana. Por supuesto que esto no implica la escisión entre humanidad y escritura sino que refiere a una condición *esencialmente* divina de esta última. La escritura aparece distanciada de la lectura por una variable fundamental en la poética borgeana: el tiempo. Mientras que la divinidad, no sujeta a ningún contexto de producción, ancla en la realidad su letra, el ser humano apenas se permite un simulacro de divinidad.

Juan de Panonia escribe una refutación cuyo sentido se estima ortodoxo y hereje al mismo tiempo, o mejor, según el tiempo en que se encuentre. A Juan de Panonia lo condena su *hybris*, su anhelo de una escritura divina: “éste no quiso retractarse [...]. No entendió (*no quiso entender*) que hablar de los monótonos era hablar de lo ya olvidado” (555, el subrayado es nuestro). La soberbia de posicionarse por fuera de su tiempo lo conduce a la hoguera.

En términos de escrituras humanas, Pierre Menard es ineludible: “su admirable ambición era producir una páginas que coincidieran -palabra por palabra y línea por línea- con las de Miguel de Cervantes” (446). Tras equívocas conjeturas sobre el modo ideal de conseguirlo, Menard apenas lega unos capítulos, aunque su verdadera fortuna es otra: “Menard (acaso sin quererlo) ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura” (450). El autor del Quijote piensa en un nuevo modo de escribir, pero acaba fundando un nuevo modo de leer.

Si consideramos que “un hombre es, a la larga, sus circunstancias” (598), entonces la actividad más propiamente humana no será la escritura sino la lectura que, lejos de afirmarse en el tiempo, varía con él: “una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por el texto que por la manera de ser leída: si me fuera otorgado leer cualquier página actual —ésta, por ejemplo— como la leerán el año 2000 yo sabría cómo será la literatura del año 2000” (747).

Anacronismo deliberado y atribuciones erróneas

Leer bien, para Borges, es leer en contexto. Mas no en el contexto de producción sino en el propio contexto de lectura: “en ‘La muerte y la brújula’ se enfrentan dos lectores: triunfa el más complejo, Scharlach, no solo lector de los textos hasídicos sino autor y lector de la lectura de esos textos que asigna a Lönnrot y que Lönnrot neciamente acata” (Molloy 1999: 61). Lönnrot muere porque lee al pie de la letra, lee fuera de contexto, mientras que Red Scharlach se aparta de la letra, usa el texto, lo manipula y lo reinserta en un nuevo contexto.

Para Sylvia Molloy, una lectura “reductora e ineficaz” (61) —una mala lectura— conduce a los personajes borgeanos a la muerte. Ricardo Piglia, por su parte, complejiza la cuestión: “un lector es también el que lee mal, distorsiona, percibe confusamente. En la clínica del arte de leer, no siempre el que tiene mejor vista lee mejor” (2014: 17) para luego reconocerle a los lectores de Borges, a modo de virtud, “la libertad en el uso de los textos, la disposición a leer según su interés y su necesidad. Cierta arbitrariedad, cierta inclinación deliberada a leer mal, a leer fuera de lugar, a relacionar series imposibles” (25).

Yendo un poco más lejos y a modo de cierre, reinsertar textos en un nuevo contexto es, también, una forma de entender la escritura. ¿O acaso Pierre Menard no hace exactamente esa operación con *El Quijote* de Cervantes? Escribir, para las pobres voces humanas, no es más que producir ciertas páginas en otros tiempos, en otros espacios. Como ensaya el propio Borges en “La esfera de Pascal”: “quizá la historia universal es la historia de la diversa entonación de algunas metáforas” (638).

Referencias bibliográficas

Adur, L. M. 2022. La madre del libro: usos y funciones del Corán en la obra de Jorge Luis Borges. *Lingüística Y Literatura*, 43(81), pp. 387–405.
<https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n81a18>.

- Agamben, G. 2005. *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Alazraki, J. 1988. *Borges and the Kabbalah: And Other Essays on his Fiction and Poetry*. Cambridge: CuP.
- Attala, D. 2016. "Jorge Luis Borges y la Biblia". En Attala, D. y Fabry, G. (eds.), *La Biblia en la literatura hispanoamericana*. Madrid: Trotta, pp. 475-500.
- Borges, J. L. 1974. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Molloy, S. 1999. *Las letras de Borges y otros ensayos*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Piglia, R. 2014. *El último lector*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Sosnowski, S. 1976. *Borges y la cábala. La búsqueda del verbo*. Buenos aires: Hispamérica.
- Vélez, G. 2011. *Borges y la Biblia*. Frankfurt am Main/Madrid: Iberoamericana-Vervuert.